

Yo me consideraba una persona sin suerte. Nunca me había tocado la lotería, ni ganaba una rifa, ni me pasaban cosas extraordinarias... pero tampoco me había ocurrido nada muy malo, nadie cercano a mí había tenido una enfermedad grave, la vida transcurría sin sobresaltos. Por eso me veía como alguien sin suerte, ni buena ni mala, pero sí creía que era alguien afortunada, que iba a vivir una vida tranquila. No me creía supersticiosa, pero ese pensamiento creo que era una superstición tonta, como lo son todas.

Todo cambió en un momento. “Su hijo tiene los valores de la sangre alterados. Y eso es de médula”, fueron las palabras de una doctora en las urgencias del materno una madrugada de agosto de 2018. Tu vida se vuelve del revés. No conoces lo que es el miedo de verdad hasta que estás fuera de una sala de rayos x donde crees que le buscan metástasis a tu hijo... Llega el diagnóstico: Leucemia promielocítica aguda de alto riesgo. Te lo da una doctora que te sonríe mientras te dice que lo han cogido a tiempo, que tiene cura, que hay muchas probabilidades de que todo vaya bien.

Todo se para. Tienes que trabajar dentro de ti para seguir adelante, afrontar la idea de que es posible que tu hijo viva menos que tú, mostrarte alegre frente a él y fuerte frente a tu familia. Son meses en los que lo peor es la incertidumbre, mientras ves cómo los tratamientos hacen pasarlo mal a tu hijo, días en que lo ves sufrir sin quejarse enchufado a una bomba de morfina y lloras en cuanto sales un momento de su habitación.

Tu vida se ha dado la vuelta. Sientes rabia, frustración, ¿por qué me pasa esto a mí? Yo era afortunada, nunca tendría tan mala suerte...

Pasan los meses, lentamente. Tu hijo ha respondido bien al tratamiento, está en remisión completa. Pasa a la fase de revisiones al principio constantes, luego cada vez más espaciadas. La espada de Damocles siempre estará sobre ti, cargarás con un peso invisible ahora que sabes que es posible y hasta probable que todo vuelva a pasar.

Pero vuelves a sentirte afortunada. Incluso a creer que sí que tienes buena suerte. Has visto a muchas familias que no lo han conseguido, que han tenido que salir del hospital sin sus hijos. Se te ha roto el corazón viendo a un hermano mayor llorando sin consuelo cuando sus padres le han contado que su hermanita no lo va a lograr. Te has dado cuenta de que en muchas otras partes del mundo tu hijo no habría tenido ninguna oportunidad, que has tenido a las mejores doctoras y enfermeras, los mejores medios, la mejor atención-que no habrías podido pagar en toda tu vida- gracias al esfuerzo de todos los que trabajamos y pagamos impuestos en nuestro país. Recuerdas que la palabra que más dijiste y más sentiste las primeras semanas fue “gracias”. Gracias a tanta gente que te trató con cariño, a tu familia y amigos que siempre estuvieron ahí acompañándote en tu dolor, a los voluntarios y psicólogos de las asociaciones y fundaciones que trabajan, como me dijo uno de ellos, para “convertir el gris del hospital en color para los niños”, a esos donantes anónimos cuya sangre y plasma mantuvieron con vida a tu hijo mientras el tratamiento lo curaba...

Soy una persona con suerte.